

Esta mujer que viene * de tan lejos con su canto

Violeta Parra penetra al mundo por la puerta de San Carlos, pequeña ciudad chilena, cercana a Chillán, el 4 de octubre de 1917. Un mes y tres días más tarde, triunfa la primera revolución socialista en las antípodas de Chile, acontecimiento que marcó profundamente la historia de los pueblos del mundo, y más fundamentalmente a las generaciones que nacen y se despliegan a la sombra de su influjo. Violeta lo sentirá y será testigo y juglar de las luchas de su pueblo. Las canciones campesinas que cantará más tarde, aprendidas muchas de ellas en su primera juventud, en la primera de sus juventudes, le hablarán del amor, y ella mirará al amor desde el borde, primero contemplará el desangrarse de los otros, hasta que un día aullará su desgarradura con la sangre al cuello. Para las cosas de la vida no hay espectadores. Y con la sangre al cuello dejará de cantar las experiencias ajenas para narrar las suyas.

Arauco tiene una pena
que no la puedo callar
son experiencias de siglos
que todos ven aplicar.

Arracimada la familia en torno al viejo profesor de música, campechano, dulce, enamorado del vino, el viejo Parra recorre el campo y las ciudades del sur en busca de trabajo, especialmente después de que la dictadura de Ibáñez arremete contra la clase trabajadora, desintegra los sindicatos, elimina a los adversarios políticos y culmina dirigiendo los fuegos de su artillería contra el profesorado, que es, a su juicio, el sembrador de los vientos cuyas tempestades cosecha. Es esta la primera relación de Violeta con los avatares políticos.

Chile limita al Norte con el Perú
Y con el Cabo de Hornos limita al Sur
Al medio de Alameda de las Delicias,
Chile limita limita al centro
De la injusticia.

El padre, amargo y hosco, arrastra a la familia en una fuga constante. La miseria, como un cóndor hambriento se abate sobre la casa campesina de esta familia intensa que resuelve sus penas en fiestas familiares; de estas fiestas, de esta vitalidad comunitaria, guardará siempre Violeta un poderoso calor de resolana:

Al centro están los valles con sus verdores,
donde se multiplican los pobladores.
Cada familia tiene muchos chiquillos,
en su miseria viven en conventillos,
en conventillos.

Sus primeros años conocen las polvaredas fecundas de la historia social chilena. Tras la masacre de San Gregorio (1921) se funda el Partido Comunista, al cual Violeta pertenecerá en 1946; vendrán luego una serie de dictaduras militares, la entrega del cobre a los norteamericanos, la compañía de teléfonos a la ITT y la descarga de una violenta represión contra los trabajadores organizados que arroja un saldo de asesinatos incontables, carcelazos y atropellos.

Miren cómo sonríen los presidentes
cuando te hacen promesas al inocente.

Miren cómo le ofrecen
el sindicato
este mundo y el otro
los candidatos.

Violeta experimenta en carne propia, el estilo de gobernar de la derecha:

Mientras más injusticias, señor fiscal,
más fuerzas tiene mi alma para cantar.

La experiencia política abre las compuertas de su sensibilidad; el tema central de su poesía es el sufrimiento de los trabajadores, los abusos del gobierno y del clero;

Porque los pobres no tienen
en este mundo esperanza,
se amparan en la otra vida
como una justa balanza,
por eso las procesiones,
las velas, las alabanzas, palomitay,
¡qué cosas tiene la vida, sambitay!

La tradición campesina, las viejas coplas populares van a enriquecer las propuestas musicales que formula y van a constituir una intensa búsqueda de estilo y expresión.



Un ojo dejé en Los Lagos
en un descuido casual,
el otro quedó en Corral,
en un boliché de trago.

Su fantasía desbordante, sus dificultades técnicas, la convierten en una pieza difícil. Violeta logra, mediante la isocronía, la síncopa, la parcelación silábica, la trastocación de vocablos, cambios tonales y excelentes efectos disonantes en el trabajo de la guitarra:

Me han preguntado muchas personas
si peligrosas para las músicas
son las cancioneras agitadoras.
¡Ay que pregunta más infantil!
sólo un niñoflico la formularica,
pa mis adéncricos yo comentarica.

Preguntadónicos partidirísticos
disimuládicos y muy malúlicos,
son peligrósicos más que los vérsicos,
más que las huélguicas y los desfílicos,
bajito cuérdica firman papélicos,
lavan sus mánicos como Pilático.

Lo que yo cántico es una respuéstica
a una preguntica de los graciósicos
y más no cántico porque no quélico:
tengo flojérica en los zapáticos,
en los cabéllicos, en el vestídico,
en los riñónicos y en el corpiñico.

Su contenido reconoce otros orígenes y otras influencias: la poesía popular, el canto popular.

Violeta misma reconoce esa influencia:

“Cuando me iba a imaginar yo que al salir
a recoger mi primera canción, un día del
año 53, en la Comuna de Barrancas (en Santiago)
iba a aprender que Chile es el mejor libro
de folklore que se haya escrito.

Cuando aparecí en la Comuna de Barrancas
a conversar con doña Rosa Lorca, me pareció

abrir este libro. Doña Rosa Lorca es una fuente folklórica de sabiduría. Es una mujer alta, gorda, morena, de profesión partera campesina. Es arregladora de angelitos, es cantaora, sabe santiguar niños, sabe quebrarles el empacho, sabe las palabras que hay que decir cuando hay mala suerte en la casa. Detrás de la puerta tiene crucecitas de palquí; sabe ahuyentar al demonio con unas palabras especiales; es decir, Rosa Lorca, de la Comuna de Barrancas.

Entre 1932 y 1952, Violeta compone numerosas canciones, se casa, se divorcia, vuelve a casarse, nacen sus hijos Isabel, Anjel, Carmen Luisa y Rosita Clara. Comienza a recorrer la campiña chilena y los barrios populares de Santiago, a la búsqueda de canciones conservadas en la memoria del pueblo:

Las lágrimas se me caen
pensando en el guerrillero
como fue Manuel Rodríguez
debiera de haber quinientos...

Surge su personalidad fuerte, definitiva, identificada con el canto anónimo del pueblo. Sus trabajos despiertan interés en algunos círculos europeos. Violeta viaja a Europa y luego regresa a la Peña de la calle Carmen, que será, junto con su carpa, el escenario de sus triunfos. Inquieta y chispeante, llena de vida, renovada, se incorpora y preside noche a noche, la fantástica asamblea de la calle Carmen.

Quienes la tratan en esos años afirman que Violeta poseía una de las más profundas temuras femeninas, pero que era, además, un terremoto voluntarioso y agresivo, dominante y avasallador.

En esa época, en América Latina surge un himno de esperanza:

Gracias a la vida
que me ha dado tanto.

La canción comprometida se convierte en el himno de la clase trabajadora latinoamericana, de los estudiantes, del pueblo.





Campea en su canto todo el fuego de la lucha social: huelgas, denuncias; arremete contra la injusticia, la miseria, la opresión militar; como ramalazos surgen entre sus imprecaciones imágenes de liturgia:

Miren cómo nos hablan
del Paraíso,
cuando nos llueven balas como granizo.

Un día enferma de hepatitis y en la inmovilidad, descubre que es una artista del tapiz. Sus apilleras son solicitadas en Francia. Regresa a Chile, donde vuelve a buscar las canciones campesinas:

“Quiero contarles de mí. He llegado a un punto de mi trabajo en que ya no me basta con pintar, tejer, hacer cerámica, componer y cantar en aislamiento. Necesito ahora la comunicación, la conexión de mi trabajo con el mundo que me rodea... yo vivo recorriendo mi país, mi trabajo consiste en recoger las canciones y mostrarlas lejos del lugar en que han sido encontradas...”

Su estilo evoluciona. Su guitarra aprende. Es el punto de despegue. Desde esta música, ingenua y melancólica, simple, carente de pretensiones, se elevará hasta culminar en el drama:

Maldigo del alto cielo
la estrella con su reflejo...

Maldigo la primavera
con sus jardines en flor
y del otoño el color
yo lo maldigo de veras;
a la nube pasajera
la maldigo tanto y tanto
porque me asiste un quebranto...
¡cuánto será mi dolor!

Violeta Parra pone fin a sus cantos el 5 de febrero de 1967.
¡Qué cosas tiene la vida, zambitay! *z*

*Texto elaborado con datos de los libros *Violeta Parra* de Patricio Manns, ediciones El Juglar, Barcelona, 1976; y *La nueva canción chilena*, ediciones de La Casa de Chile, México, 1982.

Poemas

Nos ataviamos, nos enriquecemos

Nos ataviamos, nos enriquecemos,
con flores, con cantos:
ésas son las flores de la primavera:
¡con ellas nos adornamos aquí en la tierra!

Con Flores negras veteadas de oro...

Con flores negras veteadas de oro
entrelaza el bello canto,
con él vienes a engalanar a la gente,
tú cantor:
con variadas flores
revistes a la gente,
gozad, oh, príncipes.

Ponte de pie, percute tu atabal...

Ponte de pie, percute tu atabal:
dése a conocer la amistad
Tomados sean sus corazones:
Solamente aquí tal vez tenemos prestados
nuestros cañutos de tabaco,
nuestras flores.

Ponte en pie, amigo mío,
toma tus flores junto al atabal.
bellamente canta aquí,
el ave azul, el quetzal, el zorzal
preside el canto el quechol,
le responden todos, sonajas y tambores.

Los cantos son nuestro atavío...

Como si fueran flores
los cantos son nuestro atavío,
oh, amigos:

Con ellos venimos a vivir en la tierra

Verdadero es nuestro canto,
verdaderas nuestras flores,

el hermoso canto,
aunque sea jade,
aunque sea oro.
ancho plumaje de quetzal...

No acabarán mis flores,
no acabarán mis cantos:
yo los elevo: soy un cantor.